

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO C
Ex 17, 8-13; Sal 120; 2Tm 3, 14-4,2; Lc 18, 1-8

Les propuso una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer: "Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella misma ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: ¡Hazme justicia contra mi adversario! Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy hacer justicia para que deje de una vez de importunarme". Dijo, pues, el Señor: "Oíd lo que dice el juez injusto; pues ¿no hará Dios justicia a sus elegidos que están clamando día y noche? ¿les hará esperar?. Os digo que les hará justicia pronto. Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?".

La semana anterior el evangelio nos presentaba al samaritano leproso que regresaba ante la presencia de Jesús no solamente para darle las gracias por la curación recibida, sino para reconocer a Cristo como Señor, como el verdadero maestro. Al respecto nos dice el Papa Benedicto XVI: «...La fe salva al hombre, restableciéndole en su relación profunda con Dios, consigo mismo y con los demás; y la fe se expresa con el reconocimiento. Quien, como el samaritano curado, sabe dar las gracias, demuestra que no lo considera todo como algo que se le debe, sino como un don que, aunque llegue a través de los hombres o de la naturaleza, en última instancia proviene de Dios. La fe comporta, entonces, la apertura del hombre a la gracia del Señor; reconocer que todo es don, todo es gracia. ¡Qué tesoro se esconde en una pequeña palabra: «gracias»!..» (Benedicto XVI; Ángelus, 14 de octubre de 2007).

El evangelio de esta semana nos presenta dos temas muy importantes, el primero de ellos es la Oración, el evangelista nos invita a orar a través de la persona de la viuda, y a hacerlo con humildad, perseverancia, tenacidad y fidelidad. Esta forma de orar la podemos encontrar de una manera simbólica en el libro del Génesis 32, 23-33 donde se narra la lucha que tiene Jacob con Dios. El segundo tema de este evangelio del que poco se habla, y que San Jerónimo comenta, es: la confianza que, a modo de un hijo hacia un padre, el creyente ha de tener en Dios.

El evangelio nos habla de la manera insistente en que la viuda pide que se le haga justicia; este pasaje toma de una manera ambigua la figura del juez inicuo para ayudarnos a nosotros los creyentes a tener confianza en el juez justo, que es Dios, quien con la verdadera justicia nos dará aquello que es necesario para cada uno de nosotros. Entonces podemos comprender que si esta viuda recibió justicia de un juez injusto, cuanto más Dios nos dará aquello que será justo y bueno para nosotros, así la insistencia expresa al mismo tiempo la confianza y esperanza del creyente en que Dios hará justicia contra nuestros adversarios.

La oración por tanto no va dirigida a un Dios impersonal, ni a un Dios lejano de nuestra vida, tampoco la oración es un medio con el cual el hombre hace que Dios

se voltee a mirarlo. Por el contrario, la oración es la vivencia concreta en la vida del creyente de participar de la vida y de los bienes de Dios Padre. En este sentido, cuantos veces los creyentes nos desanimamos casi inmediatamente cuando al recurrir a Dios en la oración, y pedirle que nos conceda algún beneficio, al no verlo inmediatamente realizado, abandonamos la oración. Y tantas veces este abandonar la oración se traduce en un no creer en el amor y misericordia de Dios. Esto significaría que el hombre al dejar de orar, cae en manos del enemigo de Dios y en las sutilezas que el demonio tantas veces le presenta, sobre todo cuando interpela nuestra vida y nos quiere hacer mirar los conflictos y precariedades como manifestación de la falta de amor de Dios hacia nosotros; situación que lleva al hombre a caer en prácticas de creencias mágicas, hechicerías y tantos otros sucedáneos que el mundo moderno propone.

Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «... la oración es la primera y principal 'arma' para afrontar victoriosamente la lucha contra el espíritu del mal, es garantía de apertura a los demás: quien se hace libre para Dios y sus exigencias, se abre al otro, al hermano que llama a la puerta de su corazón y pide ser escuchado, atención, perdón, a veces corrección, pero siempre en la caridad fraterna. La verdadera oración nunca es egocéntrica, sino que siempre está centrada en el otro. Es el motor del mundo, porque lo mantiene abierto a Dios y por ello, sin oración no hay esperanza, sólo existe ilusión..» (Benedicto XVI, Homilía en el miércoles de ceniza, 7 de febrero de 2008).

El evangelio de este día, junto con la primera lectura, nos invita a que no dejemos de confiar en el Señor, porque apoyados en la oración Él nos asistirá en cada momento de nuestra vida. Es así que en la primera lectura escuchamos que mientras Josué ataca, Moisés reza, cayado en alto al mismo tiempo, es ciertamente pesado y doloroso tener durante tantas horas las manos levantadas hacia Dios. Pero esta imagen va aún más lejos: como a Moisés le pesaban las manos Aaron y Jur tuvieron que sostener sus brazos hasta la puesta del sol, hasta que Israel venció finalmente en la batalla. Las manos levantadas de los orantes en la Iglesia deben ser sostenidas al igual que las de Moisés, porque sin oración la Iglesia no puede vencer en los combates del presente tiempo. Todos nosotros estamos invitados a orar y ayudar a los demás a perseverar en la oración. Dice al respecto San Gregorio de Nisa: «... Has leído en el Evangelio la historia de esta viuda que expone a un juez inicuo una gran injusticia. Mucho tiempo y perseverancia en su requerimiento triunfan de las costumbres del juez y la lleva a sacar venganza del injusto agresor. Pues bien, tú también no te desanimas cuando reces. Porque si la audacia de esta mujer llegó a quebrar la arbitrariedad de un juez sin piedad, ¿cómo podría ser posible desesperar de la solicitud de Dios, de quien sabemos que la misericordia previene a menudo a aquellos que lo invocan? Por otra parte, el mismo Señor espera la perseverancia de nuestras oraciones en esta parábola. El nos exhorta a insistir: Veán, explica, lo que dice el juez inicuo. ¿Y Dios no hará justicia a los que gritan a él día y noche? Yo les digo: les hará justicia y pronto (Lc 18, 6-8). ...» (San Gregorio de Nisa, De instituto christiano. La meta divina y la vida conforme a la verdad, c.335/340).

Por eso a semejanza de Cristo que siempre oraba a su Padre, el creyente expresa

su unión filial al Padre a través del coloquio de la oración, porque fundamentalmente la oración nos debe llevar a una unión con Dios. San Lucas, en el evangelio de este domingo, a través de Cristo nos dice: «...Dios hace justicia de sus elegidos...». Esto significa que Dios da a cada cual según lo conveniente para cada hijo, porque Dios es un Padre Providente que atiende nuestra oración: "...como atiende un buen padre a las necesidades de sus hijos...". Pero tengamos en cuenta que la oración sin la Palabra de Dios, la oración no nos lleva a la comunión con Dios, por ello San Pablo dice en la segunda lectura: «...proclama la palabra a tiempo y a destiempo...», y Cristo dice en el Getsemaní: «...Padre que no se haga lo que yo quiero sino lo que quieras tú...».

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar.